

## El páramo propiamente dicho

### *Cristal nublado*

JORGE PIRAGUA FORERO  
Moriviví, Bogotá, 2021, 142 pp.

NUBARRONES, NIEBLA, gotas de rocío, espejos de agua, vegetación baja. El páramo, como motivo literario, ha tenido un espacio significativo, aunque no abundante, en la literatura colombiana. En la narrativa contemporánea, contamos con algunos ejemplos. En la novela *Siberia* (2019), de Juan Nicolás Donoso, el páramo cobra un sentido más allá de un telón de fondo; es una atmósfera que envuelve a los protagonistas y desdibuja los contornos de la realidad que ellos experimentan. Algo parecido ocurre en el cuento “Calibán” de Juan Cárdenas, del libro *Volver a comer del árbol de la ciencia* (2018): un grupo de amigos va al páramo a tomar ayahuasca y los efectos alucinógenos de la bebida se potencian con el paisaje nublado y cambiante de la montaña. Por su parte, en la novela *La paramera* (2021), de Laura Acero, el páramo de Sumapaz no es solo el escenario natural donde se entrelazan las historias de mujeres desplazadas por la violencia, sino también un lugar contenedor de memoria.

Respecto a la poesía, el hecho de que existan poemas aislados sobre el páramo no representa necesariamente un corpus robusto de obras poéticas cuya apuesta estética sea abordar el páramo propiamente dicho. Por esta razón, *Cristal nublado* (2021), del autor bogotano Jorge Piragua, debería considerarse como objeto de estudio en la tradición de poesía contemporánea colombiana que piensa este ecosistema en particular. No es fortuito el hecho de que Jorge haya sido criado por padres biólogos, y que aquel interés por comprender el mundo vivo haya encontrado su madurez luego de estudiar biología durante unos años, antes de decidirse por la literatura.

En el prólogo, el autor sintetiza la intención de su libro:

[...] tejer la visión científica de la biología con la visión poética: capturar las formas de vida entre las letras y las metáforas; volver un espacio natural un espacio literario en el que los tropos se muevan como el oso

de anteojos y las palabras crezcan despacio como los frailejones. (p. 14)

Tal equilibrio entre el adiestramiento de datos y la capacidad de asombrarse por el milagro de la tierra es el ejercicio que propone la obra *Cristal nublado*. Este diálogo entre literatura y ciencia ha motivado la publicación de extrañas gemas. En el contexto colombiano, sobresale el libro de relatos *El velo que cubre la piedra* (2018), del escritor y geólogo Ignacio Piedrahíta: una exploración literaria del suelo, los volcanes y los secretos de la tierra. Estos entrecruzamientos interdisciplinarios exigen, por parte del autor, no solo un conocimiento profundo y preciso en cada disciplina, sino también una sensibilidad poética que acerque a los lectores, sin que un afán pedagógico empañe la escritura.

*Cristal nublado* no se constituye únicamente como poemario. También comprende textos narrativos: un relato de suspense, ensayos y cuentos, todos unidos por la intención de explorar el páramo. Está dividido en cuatro secciones temáticas: “Paisaje”, “Herbario”, “Bestiario”, “Interacciones”. Esta clasificación contiene mayoritariamente poemas que indagan en las diversas formas de vida del páramo. De las cuatro secciones, aquella donde la experimentación discursiva está mejor lograda es en la de “Herbario”, pues Piragua juega con varios registros, estructuras poéticas y estilos. “Hongos y compañía” es un banquete narrado en tres escenas, protagonizado por hongos, una polilla y un escarabajo. En “Árnica de páramo”, el registro científico y poético del páramo se mezcla con la oralidad de los pregones sobre remedios naturales:

Si le duelen las articulaciones  
por golpes y caídas,  
o si padece de edema,  
¡deje de sufrir!

Aquí está la solución:  
árnica de páramo. (p. 58)

En otros casos, el juego metaliterario marca la pauta: el musgo engulle el poema y absorbe el agua del libro: “Ya todo el libro es una tesis hídrica y acumula agua dulce entre sus estructuras. Se decanta la tinta y todas las metáforas se licuan en la poesía del musgo” (p. 64). En “Cardoncillo o quiche de

páramo”, se narra un viaje al interior de la roseta, en donde la exploración al interior de la planta adquiere aires de experiencia mística:

La roseta esconde el agua  
como un relicario:  
las hojas se abrazan  
y se cierran con fuerza. (p. 62)

En el poema “Cargarrocío”, la descripción de las flores se nutre de imágenes siderales. Cada planta contiene el cosmos, cada forma minúscula imita las geometrías del universo:

Estrellas húmedas,  
constelaciones cloroflicas  
y soles floreciendo  
en una misma formación vegetal:  
atlas sideral de las plantas. (p. 60)

En la sección “Bestiario”, Piragua hace un inventario de criaturas y narra escenas de la naturaleza ignoradas por el ojo humano. En esta relación dialéctica “entre lo que se escapa y lo que se aprisiona” (p. 20), retrata al buhito andino y lo entrevera con el misterio de la noche:

Herida lunar y espejismo aéreo:  
el buhito andino,  
en vuelo certero de la noche,  
auxiliado por la sombra,  
arranca a la tierra  
un ratón. (p. 90)

Podemos notar, con los anteriores poemas, la intención de condensar en una estrofa una imagen precisa del paisaje, capturar un instante paramuno: ya sea el búho que arranca al ratón de la tierra, el agua que se desliza dentro de la roseta, o la apertura de la macolla que mira al cielo. Sin ser haikú, aquella brevedad y condensación de una imagen de la naturaleza resuena en los versos de Piragua. Pero el autor no se queda solo en este registro sino que experimenta con poemas más extensos, alimentados por una fluidez narrativa. Hay un poema que relata, desde la perspectiva de un perro feral, el momento en que dejó el calor de un hogar humano y la vida lo lanzó a la suerte del páramo y lo volvió salvaje:

Antes yo era un perro de familia:  
comía concentrado y huesos de  
pollo;  
dormía bajo el sol del medio día  
y recorría los pastizales de la  
montaña.

Un día, mis dueños murieron [...].  
Tenía hambre y devoré ratones o cualquier pequeño animal que encontrara.  
Estaba solo y dormía en las cuevas musgosas y heladas por la humedad.  
(p. 104)

Otro poema que quiero destacar, por la riqueza de las escenas retratadas, es “Águila paramuna”. Parecería que, junto con los demás poemas, Piragua estuviera bosquejando una ambiciosa escena multitudinaria y simultánea del páramo, de noche y día, sobre la tierra y debajo de ella:

Aterrizza el águila paramuna sobre un frailejón –tótem andino– para tener control sobre cada movimiento. Las hojas de la macolla se doblan con la brisa y nadan en los iris terracotas. Cada movimiento pertenece a los ojos del cielo; cada presa ya ha sido releída por el águila desde la copa del frailejón. (p. 91)

En esta apuesta estética por una comprensión del páramo también hay lugar para la denuncia. El páramo es víctima de ecocidios, de ahí que la última sección del libro esté dedicada a las interacciones. Jorge Piragua es consciente de aquella amenaza y describe el impacto de la minería en el poema “Historia de la enfermedad”:

[...] si la sangre del páramo se derrama hoy,  
es porque la herida es antigua  
y la sed aún resuena. (p. 119)

El paisaje no se centra en la preponderancia vegetal para nuestro regocijo y asombro –tal como ocurre en las crónicas de Indias, en donde el paisaje borra la presencia humana–. En cambio, quedan narradas las cicatrices, los estragos de la huella humana y las nuevas interacciones que generan cambios en la memoria del suelo: “Si el suelo es removido y cuarteado para el cultivo desmedido, el páramo se fragmenta como vidrio triturado” (p. 53). O cuando se refiere al oso de anteojos: “Su dieta son rosetas gélidas, / frutos de montaña, / roedores, / aves incautas / y, en raras ocasiones, / el ganado que ha colonizado su santuario / como invitado inoportuno del humano” (p. 112).

El páramo también es un lugar surrealista. Allí la niebla perpetua transparenta las figuras y la atmósfera se presta para extraños acontecimientos. Piragua incursiona en este tratamiento de la montaña con “Frailejones / *Tribu Espeletinae*”, uno de los textos más peculiares de este libro y que narra la expedición de unos amigos en el páramo de Chingaza. De repente la lluvia y la niebla marcan el suspense del relato, el frío se apodera del grupo y en cada segundo se juegan la vida. Al final, la transformación es el único camino para sobrevivir. En este abandono del molde humano encuentro semejanzas con las inquietantes escenas de la película *Annihilation* (2018), del director Alex Garland: los brazos de las personas se van alargando hasta adoptar la forma de las plantas a su alrededor, los pies se enraízan para siempre. Por otro lado, en “Once maneras de mirar a un conejo de páramo” –un homenaje al poema de Wallace Stevens, “Trece maneras de mirar a un mirlo”– ocurre un giro: la posibilidad de imaginarse al conejo en un acto de prestidigitación es interrumpida por la realidad agresiva del páramo: “Este conejo no sale de un sombrero, / el mago que lo eleva es un ave rapaz” (p. 93).

En *Cristal nublado* la poesía y la narrativa son palabra mediadora, un puente que nos conecta con el fenómeno natural. Con este proyecto literario, el autor nos invita a explorar su sensibilidad ante este ecosistema para salir también nosotros afectados por ella. En la sección final del libro, encontramos unas notas que refieren cada una de las fuentes principales de los poemas, la mayoría de corte científico. Ante la dificultad de convertir un término técnico en un acto de poesía, aflora una variedad fascinante de experimentos que logran trascender la intención divulgativa, propia del discurso científico. Hay, sin embargo, algunos poemas cuya función divulgativa sigue estando por encima de la poética, lo que demuestra también la dificultad de aquel entrelazamiento de lenguajes y nos plantea la pregunta sobre si las aproximaciones estéticas de un ecosistema deberían, al menos en primera instancia, eludir el tratamiento del *dato*.

**Yessica Chiquillo Vilardi**